

JOSÉ TOMÁS: LA VERDAD TORERA

Beatriz Badorrey Martín

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Conocí a José Tomás el 26 de agosto de 1989 cuando vino a lidiar un becerro de los Hermanos González Rodríguez a mi pueblo, Collado Mediano. Lo acompañaba entonces su abuelo Celestino, aquel gran aficionado que le escondía el balón al torero cuando éste dudaba entre seguir su carrera en los ruedos o en los campos de fútbol.

Había debutado el mes anterior en Colmenarejo, y venía avalado por el triunfo en aquella plaza y en la de Galapagar. Era todavía un niño, pero ya tenía fama de torero valiente y de marcada personalidad. Así lo demostró. Su quietud, colocación y entrega despertaron la ilusión de muchos aficionados, que vieron en él una firme promesa. Desde luego, su manera de entender la tauromaquia llegaba a los tendidos.

Pero el camino no fue fácil. Tras debutar con picadores el 24 de julio de 1993, en un certamen de novilleros celebrado en Benidorm en el que cortó dos orejas y se clasificó para la final, apenas tuvo oportunidades. Por ello, marchó a México, cuyos ruedos habrían de resultar decisivos en su trayectoria.

En el país azteca toreó con regularidad y forjó su concepto del toreo. Allí recibió la alternativa el 10 de diciembre de 1995, de manos de Jorge Gutiérrez, que sustituía a David Silveti, con Manuel Mejía como testigo. Y allí recibió las primeras heridas, que tanto han marcado su carrera. Confirmó en Madrid el 14 de mayo de 1996, de manos de José

Ortega Cano y con la presencia de Jesulín de Ubrique. Esa tarde cortó una oreja en el que cerró tarde. La afición madrileña quedó rendida a un torero que, con una simple tanda de naturales hondos y ligados, era capaz de mostrarnos la esencia de la tauromaquia. Los hechos así lo avalan: ha salido ocho tardes por la Puerta Grande de las Ventas, una como novillero y siete como matador de toros.

Además de Madrid, son célebres sus triunfos en otras plazas españolas como Barcelona, cuya apasionada relación con el torero perduró el cierre del coso catalán. También ha tenido brillantes actuaciones en Sevilla, donde en 2001 salió dos veces por la Puerta del Príncipe, San Sebastián, el Puerto de Santa María, Gijón, Huelva, Alicante, León, Córdoba, Santander, Salamanca, Málaga, Granada, Almería, Dax, Bayona, Ronda... Las cifras no son lo más importante en la carrera de José Tomás porque como él mismo apunta: “El toreo es sentimiento y los sentimientos no entran en el Guinness”. Sin embargo, pueden resultar significativas. Un dato: en la temporada de 1999 toreó 65 corridas, cortando 108 orejas y 5 rabos.

¿QUÉ TIENE JOSÉ TOMÁS QUE LE HACE SER UN TORERO DIFERENTE?

Decía el célebre Francisco Montes *Paquiro* que el torero debe estar dotado por la naturaleza de ciertas cualidades particulares, y que si es raro hallarlas reunidas en un individuo, aún es más extraño que hagan el uso correspondiente de ellas. Esas condiciones indispensables serían: *valor, ligereza y un perfecto conocimiento de la profesión*. De las tres, sólo la tercera puede aprenderse, las dos primeras nacen con la persona¹.

[1] *Tauromaquia completa o sea El arte de torear en plaza tanto a pie como a caballo escrita por el célebre lidiador Francisco Montes*, Ediciones Turner, Barcelona, 1994, p. 55.

En José Tomás parecen haberse reunido todas estas circunstancias. En él se ha dado el caso, tan poco frecuente, de torero valiente, técnico y poderoso.

El verdadero valor, siguiendo al ya citado maestro gaditano, sería aquel que mantiene al torero delante del toro con la misma serenidad que tendría cuando el animal no está delante. Es sin duda, la cualidad más importante de José Tomás. "Para mí -dice el torero- lo realmente importante es que la gente se emocione viéndome torear". Esa emoción la transmite gracias a su valor, que convierte en verdad torera.

El valor va unido a un sólido dominio de la técnica: "En cada muletazo hay que buscar la perfección", afirma con rotundidad. Esto le lleva a conocer perfectamente las reglas del arte y saber ejecutarlas delante de cada toro, como decía Paquiro, con *ligereza*, esto es, volviéndose, parándose o cambiando de dirección cuando así lo requiere el toro. Todo ello sin dejar de imprimir a cada pase naturalidad, pues como apunta José Tomás: "Lo natural es lo bello". Y siempre con personalidad, que para el torero de Galapagar no es más que "ser fiel a uno mismo".

Hondura, profundidad, personalidad y naturalidad son algunas de las cualidades que hacen a este torero tan diferente. Esa verdad torera le ha llevado a sufrir graves cogidas, más de veinte. La más dura en Aguascalientes, el 24 de abril de 2010, que pudo costarle la vida. Parecía el final de su carrera, pero volvió a torear. Reapareció quince meses después en Valencia, el 23 de julio de 2011, con las facultades físicas aparentemente mermadas. Esa temporada sólo toreó 9 tardes. El futuro resultaba incierto.

Pero José Tomás quiso demostrar con un gesto que había superado el difícil percance anunciándose en Nimes, el 16 de septiembre de 2012, como espada único. No es José Tomás un torero proclive a encerrarse con seis toros. De hecho solo lo había hecho una vez en Barcelona, en

una tarde que, pese al triunfo, no pasó a la historia. La apuesta era, pues, arriesgada. Por eso, la preparación fue muy intensa. Lo hizo en una plaza a puerta cerrada, cuidando todos los detalles: capotes de seda para ganar gracia y flexibilidad al interpretar las suertes, toros de diversas ganaderías para garantizar variedad en las faenas, cuadrillas cuidadosamente seleccionadas para una buena lidia.

Esa tarde demostró que a sus ya apuntadas cualidades de torero largo, poderoso, hondo, técnico, entregado, unía una extraordinaria variedad de pases. Una ligereza frente al toro capaz de realizar seis faenas intensas y diferentes. Esas fueron las claves de la lidia: la variedad y la intensidad. Destacaron las verónicas y chicuelinas al noble primero de Victoriano del Río; con la muleta vimos estatuarios de escalofriante quietud, hondos naturales a pies juntos y vistosos redondos a media altura; la estacada hasta la bola, fue el perfecto colofón para recibir las dos primeras orejas. En el segundo, de Jandilla, destacó el quite por navarras y tafalleras, rematadas por una serpentina; con la muleta, asistimos a una breve faena con tres series de derechazos, de una hondura excepcional. En el tercero, del Pilar, recibió al toro con el capote y realizó un impresionante remate a una mano con el compás muy abierto, y un bello quite por faroles invertidos. Los doblones del comienzo de faena de muleta, y los naturales de trazo largo proporcionaron intensidad a la faena, que remató con el pase de la bandera y unos intensos ayudados por bajo; una estocada entera remató la faena. En el cuarto la lidia llegó a su plenitud, el toreo con el capote a una mano, los naturales con ambas manos en tandas hondas y ligadas, rematadas con ajustados y largos pases de pecho, molinetes, desplantes; y, tras una vibrante faena el indulto del codicioso toro *Ingrato*, de Parladé. En el quinto, de Garcigrande, nueva lección capotera con impecables rogerinas y ceñidas chicuelinas. En el sexto, de Toros de Cortés, vimos un nuevo recital capotero a base de verónicas, delantales, galleos por

chicuelinas, y un ceñidísimo quite por gaoneras; el *cartucho de pescao*, para recibir al toro con la muleta y unos obligados naturales, largos y templados, en una faena de mayor exposición tal y como exigía el toro, rematados por una nueva estocada arriba, fueron la culminación perfecta a tan brillante gesta.

Cada toro recibió su lidia, en una tarde en la que, como señaló Rosa Jiménez Cano, el diestro rozó la perfección: “A José Tomás poco le queda por hacer en el toreo. Su actuación en Nimes le consagra por méritos propios como uno de los grandes de la tauromaquia”. Zabala de la Serna apostilló: “Las palabras no valen para describir en toda su inmensidad el capítulo más portentoso del toreo firmado jamás. José Tomás ha hecho Historia con partitura de Belmonte y Joselito y Manolete y todos los genios que caben en el Cossío”. Javier Villán destacaba el “golpe de Estado” dado a la fiesta por José Tomás, reclamando la necesidad de que el diestro madrileño tirara del carro del toreo y frenara su involución. Por su parte, el premio nobel Vargas Llosa resumía así sus impresiones: “José Tomás es un torero fuera de serie, de dominio, de coraje, de arte; siempre ha habido figuras, pero José Tomás es diferente a todas. Nunca había visto una plaza tan abarrotada, a la gente tan entusiasmada... Ha sido muy emocionante”¹.

No hace mucho, ordenando viejos papeles, el azar puso en mis manos una cuartilla escrita en 1947 por un familiar, el tío Mariano, un gran seguidor de Manolete. El maestro cordobés con su toreo hierático, sereno y vertical contó con una legión de aficionados que le seguían incondicionalmente. Ese fenómeno se ha reproducido con José Tomás, cuyo concepto guarda grande similitudes con el del diestro cordobés, a

[1] Vid. el reportaje gráfico de la tarde en *José Tomás en Nimes. La hazaña de un hombre, su sueño cumplido. Fotografías de Andrés Lorrio y textos de Lorenzo Clemente*, Madrid, 2013.

quien tanto admira. Pues bien, tras el triste suceso de Linares, Mariano escribió estas sentidas líneas que reproduzco: “En toda la historia del toreo, jamás hombre alguno llegó a alcanzar tanto y tan merecida popularidad; a tu valor sereno e indomable unías tu arte: único, genial, asombro de cuanto tuvieron la dicha contemplarte. Emoción antes, en y después de la corrida; solo el anuncio de tu nombre en los carteles provocaba las más vivas oleadas de pasión, las discusiones más enconadas, la espera hora tras hora en largas colas con la esperanza de lograr billetes, y a esta expectación apasionada sabías responder tú, con un pundonor sin desmayo”.

Ha pasado el tiempo y han cambiado los protagonistas, pero cuando el toreo tiene verdad despierta las mismas pasiones, los mismos sentimientos, las mismas sensaciones.